

ARTE Y POLITICA

Reflexión en torno al indigenismo mexicano y al realismo ruso

Indigenismo fue una definición lingüística de urgencia puesta en activo para designar toda palabra procedente de idiomas aborígenes americanos que pasaba a formar parte del castellano. Los diccionarios etimológicos documentan su existencia desde el siglo XVI. Pero a fines del siglo XIX, el vocablo, sin perder su primitiva acepción académica, asume dos nuevos significados, de más vasta acción: político uno, estético el otro. Contemporáneamente, el indigenismo representa, por una parte la formulación de una política de objetivos precisos; por otra, define la realización plástica de algunas repugnancias de esa política.

Las revoluciones ocurridas en los países sudamericanos con posterioridad a sus guerras de independencia con España consideraron al indio como la base de sus movimientos; y apelaron igualmente a su cultura (olvidada durante siglos por la élite dirigente) para crearse una personalidad autónoma de la española. Los artistas tuvieron en esta tarea una intervención preponderante y eficaz. Sus obras no sólo integraban las características más brillantes de aquellas culturas; al propio tiempo las hacían accesibles a la comprensión popular mediante la trasposición moderna de antiguos mitos en forma claramente legible, tanto por la familiaridad de las representaciones como por su significación. El arte se había convertido, una vez más, en artefacto de lucha; y con no escasa frecuencia, los artistas mismos participaron efectivamente en los combates.

Los programas gubernamentales de los distintos países donde ocurrió esta simbiosis entre arte y política favorecieron ampliamente a los artistas. Los políticos eran conscientes de que la búsqueda del pasado cultural conllevaba una exaltación nacionalista. Y nada más apropiado para lograr la buena disposición de las masas populares, indispensable base de cualquier acción revolucionaria.

Arte y política sostuvieron iguales propósitos en diferentes naciones sudamericanas (Perú, Colombia, Bolivia, etc.); pero fue en México donde tuvo su eclosión más brillante, coincidiendo con el triunfo de la revolución de 1911.

El proceso revolucionario mexicano es,

probablemente, uno de los de más clara trayectoria socialista del continente. La lucha por la dignificación del indio y de su cultura fue en principio un propósito real, no mero pretexto, como ocurrió en otros países. Acaso esta "sinceridad" revolucionaria permitió a los artistas del país ejecutar una serie de obras cuyos valores plásticos excedieron la inmediata urgencia política, transformándose su conjunto en uno de los fenómenos artísticos más trascendentes de nuestro siglo. Rivera, Alfaro y Siqueiros no sólo crearon la vasta epopeya mural de una raza, sino que infundieron a la misma un vigor y un poder de provocación exuberante. Hicieron del muralismo, en especial Siqueiros, una razón de estado, pero también un hecho artístico de índole vanguardista. Herbert Read -insólito conservador en ocasiones- niega la inclusión del muralismo mexicano en la historia del arte moderno. Baste recordar la influencia de las técnicas y de las actitudes de Siqueiros y de Orozco sobre Pollock para contradecir al crítico inglés.

El arte indigenista mexicano fue, hasta cierto punto, un arte "realista"; pero no incurrió nunca en los excesos de otro movimiento indigenista que estuvo a punto de sobrevenir en Rusia, después de la revolución de Octubre. Aquí, las iniciativas del artista al servicio de la causa fueron pronto coartadas por directrices muy específicas que frustraron la libertad de creación. Tales restricciones dieron origen al "realismo socialista", movimiento nefasto desde el punto de vista artístico no menos que desde el revolucionario. Si acaso son de excepción algunas producciones de Kasimir Malevich (1878-1935) y Natalia Gontcharova (1881-1962). El resto de los artistas rusos que se sometieron a la norma del partido en materia de arte crearon unas obras que no distan, ni en forma ni en espíritu, de las realizadas más tarde en Alemania bajo la inspiración nacional socialista del partido nazi.

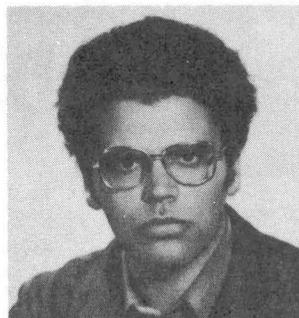
La índole del arte producido por las revoluciones rusa y mexicana ilustra suficientemente la diferencia radical que existe entre realismo e indigenismo. Ambos términos se han aplicado indistintamente a una u otra manifestación (por Herbert Read, por ejemplo), confundiendo tanto

suesencia como la manera misma de su ejecución. El realismo es una copia académica de la realidad aparente, idealizada en grado sumo, que destaca -en el caso de Rusia y Alemania- ciertos aspectos de la raza defintorios de sus rasgos más externos: pinturas y esculturas soportan a individuos de gran belleza física y exactas proporciones, escenas heróicas en sus momentos de triunfo, etc. el indigenismo, por el contrario, interpreta la realidad de manera distinta, hundiéndose más profundamente en ella. El feismo expresionista no le es ajeno, ni tampoco la magia de lo maravilloso. El indigenismo no idealiza la raza; la exalta sin mistificar su genuina identidad.

Los muralistas mexicanos insisten, naturalmente, en el relato épico. No obstante, éste no incluye protagonismos excesivos, sino que nos depara el hallazgo del anónimo empuje del pueblo reflejado con sus rasgos ancestrales y su idiosincracia peculiar. Que los signos marxistas pueblen las pinturas a veces con exceso debe estimarse como un mal menor; no daña la calidad artística de la obra -tantas veces de un acusado experimentalismo técnico-, por más que en algún momento histórico esa circunstancia la haya hecho más apreciable.

Sin duda, el dirigismo político resulta casi siempre artísticamente esterilizante. Sólo una coincidencia de factores puede producir un arte genuino que sin menoscabar sus propias exigencias extéticas se adecúe a la función revolucionaria para la que fue creado. Resulta paradójico, de todas formas, que dos movimientos revolucionarios cuyos fines denotan bastantes paralelismos produjeran obras de tan contraria significación artística. Más lógico hubiera parecido un éxito o una caída conjunta. Quizás la ascensión de Stalin al poder, y el cambio de estructura ideológica que ello trajo consigo fuera la causa directa del academicismo realista en que devino el arte soviético.

La observación de la índole del indigenismo mexicano y el realismo ruso nos proporciona ejemplo suficiente para entender el delicado mecanismo que regula la relación entre la política y el arte. Por definición, todo movimiento artístico que propugne un cambio con respecto al arte establecido- y todos los movimientos lo propugnan, pues de otra manera su significación sería la de un simple continuismo- lleva implícito su alcance de carácter político. El artista que se alía con la vanguardia adopta una actitud contestataria, inconformista, que encuentra siempre obstáculo en el orden constituido. Y si esta actitud centra en principio un objetivo de mero carácter estético, posteriormente implica en él otras propuestas sociales, que por extensión son también políticas. Ahora bien; si es cierto que el artista necesita de un ambiente solidario para que sus creaciones trasciendan y cumplan una finalidad política colectiva, de igual manera la revolución política, para que trascien-



Lázaro Santana

da al terreno artístico y encuentre en éste una actitud válida y positiva desde el punto de vista estético, requiere contar con la simpatía de los artistas, con su adhesión estusiasta. Pero tales simpatías y adhesiones deben ejercitarse desde la más completa libertad; a un artista no se le obliga a trabajar en una dirección determinada por decreto. Cuando algo semejante a esto ocurre, los resultados negativos saltan a la vista. Los pintores del indigenismo mexicano participaron, como queda dicho, en la revolución social llevada a cabo en su país; su inmersión en el ambiente revolucionario se realizó sin restricciones mentales; y, por otra parte, gozaron de entera libertad para crear. Los artistas rusos, sin embargo, tras los inicios populares de Malevith y Gontcharova, fueron tenazmente sojuzgados por la consigna de partido. Los dos pintores mencionados, y con ellos los más valiosos representantes de la cultura rusa, optaron por el exilio o por el suicidio, dejando tras ellos un panorama artístico desolador y estéril, panorama que sólo ha venido a ser corregido, en parte, en los últimos años.

Aquella identificación que se produjo entre los artistas, el pueblo y la revolución mexicana, aunque fenómeno no común, dista de ser excepcional. Ahora mismo, en nuestras islas, se está dando un fenómeno de pareja significación, que hace del arte canario la propuesta para un creciente nacionalismo político. Este tema será objeto del proximo artículo de esta serie.